



## Capítulo 311 - Esposas celosas.

La mañana era sorprendentemente tranquila en la mansión de Scarlet en Los Ángeles.

La luz del sol entraba a través de los enormes ventanales del salón principal, proyectando reflejos sobre las paredes blancas adornadas con pinturas modernas.

Ada estaba sentada reclinada en un cómodo sillón, leyendo un manga japonés sobre un hombre que derrota a sus enemigos con un solo golpe.

Katharina estaba en el mostrador, tomando café mientras escuchaba las noticias y navegaba por las redes sociales del mundo sobrenatural.

Roxanne comía dulces en el jardín interior, disfrutando cada bocado con pacífico deleite.

Mientras tanto, Viviane aspiraba la sala. Era un raro momento de privacidad y tranquilidad.

Hasta que apareció Vergil.

Bajó las escaleras con calma, todavía jugueteando con una tableta que mostraba los datos de monitoreo del Fragmento que Paimon había revelado. Lucía esa sonrisa torcida tan familiar, la que solía preceder a una estupidez, pero expresada con tal despreocupación que nadie se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.





—Buenos días —dijo con naturalidad, pasando por detrás de Ada y plantándole un ligero beso en la frente.

"Buenos días", respondió distraídamente, con los ojos todavía pegados al manga.

"¿Dormiste bien?", preguntó Katharina sin levantar la vista, completamente concentrada en las noticias sobrenaturales.

"Lo mejor que se puede", dijo con una sonrisa. "Ah, y para que lo sepas... puede que tenga que hacer un viaje rápido a París más tarde. Paimon me sugirió que hablara con Afrodita para intentar contactar con Perséfone".

Silencio.

Largo, profundo y amenazante.

Roxanne fue la primera en abrir los ojos. Y cuando lo hizo, no había paz en ellos. Solo tormenta. Un trueno resonó fuera de la casa, a pesar del cielo soleado.

"¿Qué vas a hacer, querido esposo?" preguntó con un tono tan sereno como una cuchilla deslizándose por el cuello de alguien.

Vergil frunció el ceño ligeramente, sin dejar de revisar el brazalete. «Paimon consiguió la dirección de Afrodita. Parece que podría ayudarnos a localizar a Perséfone y tal vez incluso el alma del Rey Arturo. Razones estratégicas. Nada importante».





"Ah... estrategia", dijo Ada, con la voz más dulce de lo habitual, lo cual siempre era mala señal. "Así que vas a conocer a la Diosa del Sexo... por razones estratégicas".

Katharina se giró lentamente y de repente su cabello se encendió, como si alguien la acabara de insultar personalmente.

"¿Afrodita? ¿Esa Afrodita?", preguntó con los ojos en llamas.

—Sí, pero vamos, tranquila. Es solo una visita informativa. No pienso hacer nada con una diosa del sexo.

Viviane se acercó en silencio; el agua de la fuente cercana empezó a subir y a arremolinarse tras ella. No dijo nada. Todavía.

Roxanne se levantó con agilidad. El viento arreció a su alrededor, la hierba tembló bajo sus pies descalzos. "Sabía que esa demonio guarrilla estaba tramando algo".



"Paimon me acaba de dar la información", dijo Vergil, levantando las manos. "Dijo que Afrodita podría tener acceso a Perséfone. Es un puente al Inframundo... o al Infierno, o lo que sea, ipero no es un motel!"

"Vaya, qué bonito", dijo Ada con gran sarcasmo, levantándose con el manga destrozado y arrugado en las manos. "El mundo siempre se acaba, tenemos espíritus que intentan matarnos constantemente, pero claro... el problema es que mi marido va a charlar con la diosa más promiscua de todo el panteón griego".

"Exactamente", dijo Katharina, ahora con una espada llameante en la mano. "Solo una conversación. Claro. La Diosa del Sexo no tendrá el menor interés



en seducir a mi irresistible esposo, que rompe corazones allá donde va. Solo una charla, ¿vale?"

Vergil empezó a retroceder, porque algo en sus auras había cambiado. No era solo su poder individual... era la intensidad de sus emociones lo que le provocó un escalofrío. «Exageras», murmuró, observando a las mujeres que ahora parecían más asesinas que esposas.

Fue entonces cuando Viviane habló.

"Vas a conocer a Afrodita..." su voz era suave, como el agua que fluye, pero temblaba. "...sin siquiera consultarme primero." Su aura espiritual comenzó a llenar la habitación como una marea creciente.

—Viviane, es solo una visita rápida. No es que vaya a acostarme con ella, ¿vale?  
—dijo Vergil riendo.

—No irás a ninguna parte —respondió Viviane, con los ojos brillando como los de un verdadero demonio.

El jardín se congeló. Literalmente.

El agua de la fuente estalló en una docena de lanzas heladas que se dirigieron directamente hacia él. Vergil las esquivó por instinto, rodando sobre la mesa justo cuando esta se hacía añicos bajo una ráfaga de viento que atravesó la habitación como una cuchilla.

¡¿Ahora corres?! gritó Roxanne, desatando una pequeña tormenta justo sobre él. El viento arrojó alfombras, sillas y libros por todas partes, y Vergil se estrelló contra la pared.





Katharina la siguió, con su espada llameante girando como una hélice mortal. "¡Créeme, esta pequeña charla con Afrodita será la última que tengas si sigues hablando así!"

Vergil invocó su propia espada en un instante, parando la hoja llameante con un giro preciso, solo para rodar inmediatamente hacia un lado para evitar un látigo de sangre controlado por Ada, que atravesaba el aire como una serpiente viviente.

"Oh, chicas, se han vuelto más fuertes, qué divertido", dijo Vergil con una sonrisa, al darse cuenta de que no era solo la emoción lo que las impulsaba. Realmente se habían vuelto más poderosas en los últimos meses. "Pero no se vuelvan locas... aunque se vean muy atractivas así. Todas furiosas y mortales".

"¿NOS HEMOS VUELTO LOCOS?!" gritó Ada, invocando cientos de púas de sangre que se dirigieron hacia él como balas. "¿NOSOTROS?!"

Viviane levantó las manos y una enorme serpiente de agua espiritual se formó sobre ella. "¡Te voy a ahogar en tu propio ego, idiota!", gritó, lanzando el hechizo.

La masa acuosa envolvió a Vergil, dejándolo inmovilizado justo cuando las púas de sangre de Ada lo desgarraban. Rugió, expulsando una oleada demoníaca de energía que desprendió las ataduras y curó sus heridas.

¿QUÉ COÑO ES TODO ESTO?! ¡VOY A HACER UNA PREGUNTA!

—¡LA ÚNICA PREGUNTA ES A QUIÉN TE VAS A COGER, CABRÓN! —gritó Katharina, desatando una ola de fuego que explotó por completo en el segundo piso.





Desde arriba, Roxanne se lanzó en picado con una lanza de viento en la mano, apuntando a su pecho. Vergil giró, esquivándolo por poco, pero una cadena de agua se enroscó alrededor de su tobillo. Ada apareció detrás de él, usando su sangre derramada para vendarle los brazos.

"Ahora, sed nuestros invitados", dijo a los demás.

Viviane, Katharina y Roxanne se acercaron con expresiones oscuras y amenazantes.

"Es hora de recordarle lo que realmente significa estar casado", murmuró Roxanne con los ojos brillantes.

—Y fiel —añadió Ada con dulzura venenosa.

"Y responsable", añadió Viviane.

"Y.... sin testículos", concluyó Katharina con una sonrisa maliciosa.

Vergil suspiró, con los ojos entrecerrados.

"Son todos realmente magníficos...", murmuró antes de desatar una ola de energía demoníaca que los empujó hacia atrás y rompió los lazos de sangre. "¡Pero esto es demasiado, incluso para mí!"

Aún sangrando levemente por el hombro, Vergil arqueó una ceja. Respiró hondo y, con un elegante movimiento de la mano, invocó un pequeño orbe de llamas flotante en su palma.





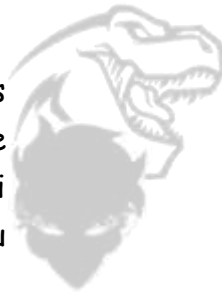
—Está bien, tú ganas... pero como todos decidieron convertir la mansión en un campo de batalla por una diosa desnuda, creo que yo también merezco un poco de diversión —murmuró con una sonrisa traviesa.

Antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar, Vergil lanzó la bola de fuego.

No era grande ni explosivo. Era un hechizo cuidadosamente diseñado para no causar daño. Pero lo que hizo fue otra historia.

En el momento en que tocó el centro de la habitación, el orbe estalló en un destello de luz y calor, liberando una onda mágica que se movió como aire cálido sensible.

Un segundo después, ocurrió lo imposible: los atuendos de las cuatro mujeres —armaduras, vestidos, túnicas mágicas, incluso accesorios encantados— se incineraron... o mejor dicho, se evaporaron con gracia. La llama parecía casi artística, quemando solo lo necesario para dejarlas a todas con solo su lencería cuidadosamente elegida.



Hubo dos segundos completos de silencio absoluto.

Y luego...

"¡Vergil!", exclamó Ada, completamente roja, intentando cubrirse el pecho con los brazos. Pero la pose en la que la habían pillado parecía sacada de la portada de una revista de moda gótica: curvas pronunciadas, con sangre flotando a su alrededor como un halo carmesí.

Katharina se giró, con el cuerpo aún envuelto en el calor residual. El sujetador rojo intenso combinaba a la perfección con su cabello llameante y su piel





pálida. "¡LO HICISTE A PROPÓSITO!", gritó, pero su postura de ataque la hacía parecer una estatua griega renacida, forjada en fuego.

Roxanne se arrodilló en un suelo agrietado, con el pelo ondeando al viento y una lencería de encaje azul cielo que contrastaba con sus ojos brillantes. Levantó una pierna y rozó el suelo con los dedos como una diosa de la tormenta en plena invocación. «Idiota...», susurró, con las mejillas sonrojadas.

Viviane se irguió, la serpiente de agua tras ella se disolvió, la luz espiritual se arremolinaba alrededor de su cuerpo. El sujetador plateado con runas grabadas brillaba por sí solo. Su falda había desaparecido por completo, dejando solo unas bragas encantadas con brillantes símbolos acuáticos. Lo miró fijamente, entre matarlo y ahogarse en la vergüenza.

Vergil se cruzó de brazos, respirando hondo. «Ahhh... este es el verdadero poder de la unidad. Cuatro diosas... No, cuatro fuerzas de la naturaleza... y todas MÍAS».



Ada se mordió el labio, intentando recuperar la compostura. "Pagarás por esto".

"Pero primero...", levantó una mano, invocando un espejo de energía flotante tras ellos. "Admira la obra maestra. Te lo dije, te ves guapísima cuando estás enfadada, ¿pero así? Eres el apocalipsis en lencería".

Comenzó a señalar cada uno:

"Ada, tú... ¿con esa sangre aún flotando a tu alrededor? Pareces el vampiro de mis sueños más oscuros. ¿Ese contraste entre tu piel y el carmesí? Un espectáculo."





—Katharina... ¿en serio? Eres la definición de un infierno tentador. ¿Esa lencería roja? Me quema más que tus llamas.

"Roxanne... eres el huracán de mi vida. Literalmente. ¿Y ese conjunto azul? ¿Quién diría que el viento podía soplar con un encanto tan elegante y perverso?"

"Y Viviane", dijo, con la voz suavizada al posar la mirada en ella. "Eres el mar, el misterio, la magia... Ese resplandor acuático que te rodea... es como si estuvieras hecha de hechizos y deseo".

Los cuatro permanecieron en silencio. Sus mejillas oscilaban entre la rabia, la vergüenza y... algo peligrosamente cercano al orgullo. Ninguno esperaba recibir elogios con tanta intensidad y precisión. Tampoco esperaban que los desarmara por completo... con palabras.

Vergil dio un paso atrás, con las manos alzadas en señal de rendición. «Paz, mis reinas... paz. Soy un idiota, sí, pero un idiota completamente fascinado por ustedes. Afrodita puede tener una belleza divina, pero ustedes tienen algo mucho más grande: mi atención. Mi respeto. Y por mucho que a veces me den un susto de muerte... mi amor».

Ada se burló, cruzándose de brazos, lo que solo hizo que el encaje negro se le tensara aún más sobre el pecho. "Seguirás durmiendo en el sofá durante una semana".

"Dos días", dijo Roxanne mientras la tensión desaparecía de su voz.

Katharina le apuntó con una pequeña llama. "¡Si no hacemos eso cuando regreses, te mataré!"





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Viviane suspiró y dejó que el hechizo acuático se disolviera en niebla. "Puedes irte... pero si descubrimos que pasó algo..."

"Te mueres", dijeron los cuatro al unísono.

